

OBITUARIO ENRIC MIRALLES

AUTOR (Salvador Gilabert Sanz)

20 años podría parecer mucho tiempo, pero hay ocasiones en las que tantos años pasan como un instante. Una de estas ocasiones únicas, es el tiempo que ha pasado desde el año 2000, no porque se produjera el colapso del mundo digital, cosa que nunca ocurrió, sino por la desaparición de Enric Miralles, que sí conmocionó al mundo del arte y la arquitectura.

Enric Miralles fue bautizado en esa época como el enfant terrible de la arquitectura española y la verdad es que Miralles no dejaba a nadie indiferente, o irritaba a parte de sus colegas o emocionaba al resto de arquitectos, alumnos e impresionaba a cualquiera que entrara a una sus obras construidas. Lo que sí está claro después de todo este tiempo es que su obra ha dejado un poso firme en la historia de la arquitectura del siglo XX.

En su corta pero prolífica vida profesional, realizó escritos, collages, miles de dibujos, y erigió múltiples proyectos para crear un completo mundo arquitectónico. Por este universo generado, fue galardonado con premios como el europeo ITALSTAD (Italia) 1991, el premio Ciutat de Barcelona en 1992, el premio Ciudad de Madrid en 1993, el Premio Nacional de Arquitectura en 1995, el Leone d'Oro en la Bienal de Venecia 1996 y el premio FAD de 1985 y 2000.

Sin ninguna duda sus proyectos tomaban de referencia el lugar como punto de encuentro entre las ideas que recolectaba y anotaba en sus cuadernos de bitácora con el programa o con sus referentes. Partiendo siempre de estos lugares donde debía asentar la propuesta arquitectónica. Toda esta información la combinaba con la topografía que, en algunas ocasiones fundiría con el edificio o viceversa, como en el caso del Cementerio de Igualada, en otras ocasiones la anclaba a la historia del lugar para desarrollar la propuesta, así surgirían entre otros el proyecto del mercado de Santa Caterina. En las ocasiones donde no existía ninguna de las dos características anteriores, los no-lugares, crearía un mundo nuevo proveniente de los inconscientes colectivos, y así recreando las procesiones de gigantes y cabezudos, les hizo desfilan en las pérgolas de la vía Icaria.

Podríamos afirmar que siempre y a la par que el lugar existía una constante en su trabajo; la poesía entre otras recetas. Poesía que sería una manera de trascender la arquitectura con claras referencias a Federico García Lorca o a la literatura potencial de George Perec y Raymond Queneau. Recurriendo a este último en relación a sus ejercicios de estilo, Miralles recurriría a su más valiosa y querida herramienta, el dibujo. Estaba enamorado del dibujo, del hecho de dibujar pensando, como una forma de anotar esos actos de creación y pensamiento en el mundo de lo tangible, usando el dibujo de la imaginación como proceso inherente de pensar arquitectura.

Enric fue capaz de inventar un proceso de creación que era apto para integrar y plasmar todas sus inquietudes, posarlas en el lugar, combinarlas con el programa y las necesidades

del cliente para alcanzar su anhelo poético. En este proceso introducía una constelación de símbolos para llegar a una obra única y personal, siempre con la intención de obtener una arquitectura emocionante.

Mediante este método sin reglas, experimentó herramientas y procesos, recurriendo en numerosas ocasiones al collage como nexo, ya que le permitía rotar, trasladar, dislocar, deconstruir y reconstruir capas de información que dibujaban nuevas geometrías como síntesis. A partir de la superposición de todos estos estratos de información necesarios, alcanzaría una arquitectura compleja y rica en matices, proporcionándole a su vez una característica común como hilo conductor en su obra: lo discontinuo.

En realidad, estas formas inesperadas no serían intencionadas, sino que eran el resultado de su proceso creativo con el que llegaría a alcanzar estos espacios sin forma preestablecida, apareciendo de manera discontinua pero fluida como resultado de la generación estratificada en planta, como él siempre afirmaba.

Por supuesto existieron unos compañeros de viaje con los que evolucionó y desarrolló sus inquietudes como Albert Viaplana y Helio Piñón, Carmen Pinós y por su puesto su última socia y pareja Benedetta Tagliabue, con la que entendió el inevitable valor del color como transfigurador de realidades, y el tiempo como ineludible factor que modifica la arquitectura de forma impredecible e ineludible. Existieron otros discípulos directos como flores y Prats, Joan Callís, Posep Miàs, Octavio Mestre y tantos otros colaboradores directos. Nuestro arquitecto, entendió que el conocimiento se enriquece con la enseñanza y ésta es bidireccional entre maestro, aprendiz y viceversa. Así que podríamos afirmar que la lista de arquitectos y estudiantes a los que Enric Miralles ha influido y sigue influyendo, es extensísima y por su puesto continuará agrandándose en generaciones venideras.

Recuerdo la primera vez que no reconocí la obra de Enric Miralles, fue cuando por casualidad vino a mis manos una fotografía del despacho de su casa en la calle Mercader. Una rehabilitación en 1995 del edificio que recogía con delicadeza todas las etapas que el edificio había vivido y sufrido a lo largo de siglos, y que Enric Miralles y Benedetta Tagliabue, integraron en una propuesta realmente reveladora. En la escena, una mesa de roble contemporánea de bordes sinuosos, se manifestaba entre las paredes coloreadas cientos de años antes en dorados y añiles, no sabía que era obra de Enric Y Benedetta, pero me sobrevino una sensación de armonía al percibir la interacción entre las diferentes capas, estilos y épocas que convergían en algo único pero a la vez respetaba cada uno de los tiempos y estratos de esta arquitectura.

La segunda vez, fue buscando referencias para un trabajo de clase documentándome para una entrega de proyectos en la escuela, donde descubrí la obra del proyecto del ayuntamiento de Utrech de 1998, algo verdaderamente emocionante para mí. No puedo saber por qué, pero me vino a la mente, el despacho de la casa de la calle Mercaders, inmediatamente busqué quiénes eran los autores y por supuesto resultaron ser los mismos arquitectos en ambos casos, Enric Miralles y Benedetta Tagliabue. En ese momento decidí que debía ir a trabajar al despacho de EMBT, entregué mi proyecto final de carrera y me mudé a Barcelona, llamé a la puerta y al mes siguiente empecé a colaborar con el despacho.

Al cabo de muy poco tiempo me convertiría en director de proyectos, recuerdo como si fuera hoy mismo al sentarme por primera vez en la mesa inestable con Benedetta y otros directores de proyecto para hacer la reunión de seguimiento de los trabajos, que me estremecí acordándome de todo lo sucedido hasta llegar a ese momento. La magia continuó, dirigí el proyecto del Pabellón de España para la Exposición Universal de Shanghai en 2010, y otro sueño se hizo realidad para mí.

Enric Miralles no sólo produjo un lenguaje único, y una arquitectura emocionante, sino que dejó un legado intangible difícil de superar, como la influencia tan profunda que ha se ha insertado en generaciones de arquitectos y estudiantes. Inspirados por él, es posible creer que sí se puede crear una arquitectura personal e integrar en ella los requisitos que cada uno se imponga a sí mismo y evolucionar. Nos enseñó que a partir de un proceso creativo sin poner trabas ni a la creatividad ni a la imaginación, el único límite es aquél que alguien algún día superará.